Con elegancia extrema.
  Y á mucho más se extiende,
Amor, tu sutileza,
¡Raro saber y extraña
Manera de elocuencia!
  Que á veces con palabras
Confusas é imperfectas
Un corazon amante
Sus sentimientos muestra,
  Mejor que con razones
Lustrosas y compuestas;
Y áun el silencio mismo
A veces habla y ruega.
  Amor, lea quien quisiere
Socráticas sentencias;
Que yo en dos bellos ojos
Aprenderé tu ciencia,
  Y humillará sus versos
El más alto poeta,
Con pluma sábia escritos
En doctas academias,
  Junto á los que imprimiere
Mi pastoril rudeza
Con la grosera mano
En ásperas cortezas.

ACTO TERCERO.

TIRSI *y el* CORO.

TIRSI.

¡Oh extremo de crueldad! ¡Oh ingrato pecho!
¡Oh ingrata ninfa! ¡Oh tres y cuatro veces
Mujer ingrata! Y tú, naturaleza,
Negligente maestra, ¿por qué sólo
En el rostro pusiste á las mujeres,
Y en lo aparente, cuanto tienen bueno
De agrado, de piedad y cortesía,
Y te olvidaste de las otras partes?
¡Ay, jóven triste y mísero! Sin duda
Se habrá dado la muerte; él no parece.
Bien há tres horas que le busco, y busco
En donde le dejé y en los contornos,
Sin hallarle, ni rastro de sus pasos.
¡Ay, que se ha dado muerte el miserable!
Allí delante están unos pastores;
Ir quiero á ver si sabe dél alguno.—
Decid, amigos, ¿quién ha visto á Aminta
Acaso, ó sabe dél alguna nueva?

CORO.

Tirsi, parecemé que estás turbado.
¿Qué causa te molesta y te fatiga?
¿De qué son estas ánsias y sudores?
¿Hay algun mal? Por Dios, que lo sepamos.

TIRSI.

Temo del mal de Aminta. ¿Habeisle visto?

CORO.

No le hemos visto desde que contigo,
Há buen rato, partió; ¿pero qué temes?

TIRSI.

No se haya muerto él mismo de su mano.

CORO.

¿Él muerto de su mano? ¿Por qué causa?
¿Qué ocasion hallas?

TIRSI.

El amor y el ódio.

CORO.

Dos poderosos enemigos juntos
¿Qué no pueden hacer? Habla más claro.

TIRSI.

El amar una ninfa por extremo,
Y el ser della en extremo aborrecido.

CORO.

Cuenta el caso, te ruego, y entre tanto
(Este es lugar de paso) por ventura
Vendrá alguno que dél nos dé noticia,
Y áun puede ser tambien que él mismo llegue.

TIRSI.

Pláceme de decirlo; que no es justo
Que ingratitud tan grande y tan extraña
Se quede sin la infamia que merece.
Tuvo noticia Aminta (y yo fuí, triste,
Quien noticia le dí, ya me arrepiento)
Que Silvia y Dafne en una fuente habian
De ir á bañarse; y hácia allá en efeto
Se encaminó, movido solamente,
No de su voluntad, mas de mi pura
Persuasion importuna, pues mil veces
Quiso volverse atras, y á pura fuerza
Yo lo detuve y lo llevé adelante.
Llegábamos ya cerca de la fuente,
Hé aquí cuando sentimos de improviso
Un femenil lamento, y juntamente
Vimos á Dafne, que batia las palmas;
La cual, como nos viese, alzando el grito,
«¡Ay, dijo, socorred; que á Silvia ultrajan!»
Luégo que oyó su enamorado Aminta

Estas palabras, aventóse al campo,
Furioso como un pardo, y yo seguílo;
Cuando vemos ligada con un árbol
La bella ninfa, cual nació, desnuda;
Y su cabello, su cabello mismo
Servia de cuerda, y á la planta envuelto
Estaba con mil nudos, y su cinto,
Que fué del seno virginal custodia,
De aquella ofensa era ministro, y ambas
Las manos le apretaba al duro tronco;
Hasta la misma planta ligaduras
Contra ella daba, y de un vencido ramo
Dos tiernas varas duramente ataban
Sus delicadas piernas. Allí vimos
En su presencia un sátiro villano,
Que entónces acababa de ligarla.
Fuése tras él Aminta con un dardo
(Que tuvo acaso en la derecha mano),
Como un fiero leon; y yo entre tanto
Estaba ya de piedras prevenido,
Con que el sátiro vil huyó en efeto.
Pues como diese espacio su huida
A que Aminta mirase, él codiciosos
Volvió sus ojos á los miembros bellos,
Que cual tremola entre los juncos leche,
Delicados y blancos parecian;
Y todo vi se demudó en el rostro.
Despues llegóse blandamente á ella,
Y con modestia dijo: «¡Oh bella Silvia!
Perdona aquestas manos, si llegarse
A tus miembros es mucho atrevimiento,
Pues las obliga necesaria y pura
Fuerza de desatar aquestos nudos;
No (ya que les concede la fortuna
Esta felicidad) te pese della.»

CORO.

Palabras de ablandar los pedernales.
Y ¿qué le respondió?

TIRSI.

Ninguna cosa;
Mas con vergüenza y con desden, al suelo
Bajando el rostro, el delicado seno,
Cuanto podia torciéndose, cubria.
Él, echando delante su cabello
Rubio, se puso á desatar, y en tanto
Hablaba así: «¿Cuándo tan bellos nudos
Un tan grosero tronco ha merecido?
Pues ¿qué ventaja llevan los amantes
Que sirven al amor, si ya comunes
Son con las plantas sus preciosos lazos?
Planta cruel, ¿pudiste unos cabellos
De oro ofender, que tal honor te hacian?»
Esto le dijo al desatar sus manos,
En tal modo, que junto parecia
Que temiese tocarla y descase.
Bajó luégo á los piés por desasirlos;
Mas como Silvia ya se viese libres
Las manos, dijo esquiva y desdeñosa:
«No me toques, pastor; soy de Diana;
Yo me desataré los piés, aparta.»

CORO.

¡Que tal orgullo en una ninfa albergue!
Por cierto ingrata paga de tal obra.

TIRSI.

Él apartóse con respeto á un lado,
Aun sin alzar los ojos á mirarla,
Aquel placer negándose á sí mismo,
Por no darle cuidado de negarlo.
Yo, que escondido lo miraba todo
Y lo escuchaba cuando vi tal cosa,
Mil voces quise dar; al fin me abstuve.
Mas oye qué extrañeza; ella en efeto,
Despues de gran fatiga, desatóse,
Y sin decir *adios*, apénas libre,
Partió de allí, como una cierva huyendo.
Y no habia causa de temer ninguna,
Que ya de Aminta conoció el respeto.

CORO.

Pues ¿cómo así huyó?

TIRSI.

Porque no quiso
Tener obligacion á la modestia
Y amor del jóven, sino á su carrera.

CORO.

¿Que es hasta eso ingrata? Y él cuitado
¿Qué hizo entónces, dinos, ó qué dijo?

TIRSI.

Eso no sé, porque, de furia ardiendo,
Corrí por alcanzarla y detenerla,

Al fin perdila, y fué el trabajo en vano.
Despues volví á la fuente donde habia
Quedado Aminta, y no le vi; mas siento
El corazon presago de algun daño.
Sé que estaba dispuesto de matarse
Aun ántes que esto sucediese.

CORO.

Es uso
Y arte del que ama amenazarse á muerte;
Mas raras veces ha llegado á efeto.

TIRSI.

Quieran los altos dioses que no sea
Aminta alguno de los raros.

CORO.

Calla;
Que no será.

TIRSI.

Yo quiere irme á la cueva
Del sabio Elpino, donde, si él es vivo,
Por dicha le hallaré; porque allí suele
Alentar sus tristezas y tormentos
Al dulce són de la zampoña clara,
Que trae las piedras á escuchar del monte,
Hace correr de pura leche el rio,
Y miel brotar de las cortezas duras.

AMINTA, DAFNE Y NERINA.

AMINTA.

Rigurosa piedad por cierto usaste
Conmigo, Dafne, al detener el dardo;
Porque será mi muerte,
Cuanto más dilatada, más amarga.
Y dime agora, ¿para qué me engañas
Por diversos caminos, y entretienes
Con tus várias razones tan en vano?
Si temes que me mate, mi bien temes.

DAFNE.

¿Por qué te desesperas,
Aminta? Que si yo bien la conozco,
No fué crueldad, sino vergüenza sola,
La que movió á tu Silvia que huyese.

AMINTA.

¡Ay, triste yo, que mi salud sería
Desesperar despues que la esperanza
Mi destruicion ha sido, y todavía
Tienta reverdecer dentro del pecho
Sólo para que viva!
Y al que es tan desdichado,
¿Qué mas fiero tormento que la vida?

DAFNE.

Vive mezquino; miserable, vive
Sólo para que goces
De la felicidad cuando viniere.

Sea premio á tu esperanza
(Si en vivir esperando te mantienes)
Lo que miraste en la desnuda bella.

AMINTA.

No pareció al amor y á mi fortuna
Que era yo enteramente desdichado,
Si no me descubrian
Enteramente aquello que me niegan.

NERINA.

¿Que he de ser yo en efecto la siniestra
Corneja de una nueva tan amarga?
¡Oh para siempre mísero Montano!
¿Qué sentirá tu pecho cuando entiendas
El duro caso de tu Silvia cara?
¡Oh viejo padre y ciego!
¡Padre infeliz! Mas ya no serás padre.

DAFNE.

Oigo una triste voz.

AMINTA.

Yo siento el nombre
De Silvia, que me hiere los oidos [cha
Y el corazon; mas ¿quien la nombra? Escu-

DAFNE.

Esta es Nerina, ninfa á Cintia cara,
De bellos ojos y de lindas manos,

Talle gentil y movimiento airoso.

NERINA.

Quiero, con todo, que lo sepa, y trate
De buscar las reliquias miserables, [via!
Si algunas han quedado. ¡Ay, Silvia! Ay, Sil-
¡Ay cómo fué tu suerte desdichada!

AMINTA.

¡Ay de mí! ¿Qué será lo que esta dice?

NERINA.

¿Dafne!

DAFNE.

¿Qué estás hablando entre tí mesma?
O ¿cómo á Silvia nombras y suspiras?

NERINA.

Con ocasion bastante
Suspiro el triste caso.

AMINTA.

¡Ay! ¿De qué caso
Podrá decir aquesta? Que yo siento,
Yo siento el corazon que se me hiela,
Y enflaquece el espíritu.—¿Está viva?

DAFNE.

Cuenta: ¿qué triste caso es el que dices?

NERINA.

¡Oh cielos! ¿Yo he de ser la mensajera?
Y ¿me obligan tambien á que lo cuente?
Vino desnuda Silvia á mi morada
(Y la causa ya debes de saberla).
Despues, vestida, me rogó que fuese
Con ella á cierta caza, que ordenada
Estaba al bosque dicho de la Encina.
Fuimos: hallamos muchas ninfas juntas
Y luégo á breve rato desemboca
(No sé de dónde) un carnicero lobo
De terrible grandeza, cuyo labio
Manchaba el suelo de sangrienta espuma.
Silvia al momento acomodó una flecha
A un arco que le dí; dispara, y dale
En la cabeza; él emboscóse; y ella
Al bosque le siguió, vibrando un dardo.

AMINTA.

¡Oh qué principios de dolor! ¡Ay triste!
¡Qué fin me anuncian!

NERINA.

Yo con otro dardo
Seguí su rastro, pero léjos, léjos,
Porque partí más tarde. Ya que estaban
Dentro del bosque, allí no pude verla;
Mas tanto fuí siguiendo sus pisadas,

Que me hallé en lo más solo y más espeso.
En esto vi de Silvia el dardo en tierra,
Y poco más abajo un blanco velo,
Que yo misma primero á su cabeza
Le revolví. He aquí cuando miraba
A todas partes, siete lobos veo,
Lamiendo de la tierra alguna sangre,
Vertida en cerco de unos huesos mondos;
Y fué mi suerte que ellos no me vieron
(Tan atentos estaban á su pasto).
Así que, de piedad y temor llena,
Volvíme atras. Aquesto es cuanto puedo
Decir de Silvia, y veis aquí su velo.

AMINTA.

¿Has dicho poco, ninfa? ¡Oh velo! ¡Oh sangre!
¡Oh Silvia, tú eres muerta!

DAFNE.

¡Ay desdichado!
Amortecido está de pena ó muerto.

NERINA.

Aun todavía respira; esto habrá sido
Algun breve desmayo; ya revive.

AMINTA.

¿Por qué así me atormentas,
Dolor, que ya no acabas de matarme?
Quizá á mis manos el oficio dejas.
Yo soy, yo soy contento

Que ellas tomen el cargo,
Ya que tú lo rehusas ó no puedes.
¡Ay triste! si no falta
A la certeza ya ninguna cosa,
Y nada falta al colmo
De la miseria mia,
¿Qué espero más? Qué busco? ¡Ah Dafne, Daf-
¿Para este amargo fin me reservaste?
¿Para este fin amargo?
Dulce morir era por cierto el mio
Cuando matarme quise.
Tú lo estorbaste, y estorbólo el cielo,
Al cual le parecia
Que con mi muerte se evitaba el daño
Que ordenado me estaba; mas agora,
Que ha ejecutado su crueldad extrema,
Bien sufrirá que muera,
Y tú sufrirlo debes.

DAFNE.

Suspende pues tu muerte,
Hasta que la verdad mejor entiendas.

AMINTA.

¿Qué más quieres que espere?
Ya sobra lo esperado y lo entendido.

NERINA.

¡Oh quién ántes hubiera sido muda!

AMINTA.

Ninfa, dame, te ruego,
Ese su velo, esa funesta y sola
Reliquia suya, porque me acompañe
En este breve espacio
Que me queda de tiempo y de la vida.

NERINA.

¿ Debo darlo ó negarlo ?
Pero negarlo debo,
Sabida la ocasion por que le pide.

AMINTA.

Cruel, ¿ así me niegas
Un tan pequeño dón al punto extremo ?
Hasta en esto se muestra mi enemigo
El fiero hado ; pues dejarle quiero,
Contigo quede, y áun quedaos vosotras,
Que yo me voy donde volver no espero.

DAFNE.

Aminta, aguarda, escucha ;
¡ Ay de mí con la furia que se parte !

NERINA.

Él camina de suerte
Que es por demas seguirlo ; así yo quiero
Proseguir mi viaje, y por ventura
Será mejor que calle,
Y nada cuente al mísero Montano.

CORO.

No es menester la muerte ;
Que si es para obligar un pecho noble,
Basta la fe con un amor conforme ;
Ni la que se pretende
Es tan difícil fama,
Si persevera firme el que bien ama ;
Que es premio amor que con amar se alcanza,
Y muchas veces, si al amor inquiere,
Gloria inmortal el amador adquiere.